

Introducción



“te dije-le dije”

Le dije que exageraba.
Que yo nunca...

Me había pedido años
atrás y al cabo de unos
cuantos sin vernos que le
hiciese un favor de suma
importancia para él, y ahora
— quiero en realidad decir
entonces, cuando nos



encontramos y estuvimos hablando del asunto —, una vez hecho el favor, me reprochaba no sé qué deslealtades y me culpaba de haber traicionado nuestra amistad.

Entonces fue cuando le respondí exageras, y él con muy malos modos replicó no exagero en absoluto.

– Claro que sí. Lo que pasa es que cada cual recuerda las cosas como le conviene.

– ¿Me conviene; me reporta algún tipo de felicidad o beneficio el recordarlas como fueron?

– ¿Cómo fueron?

– Lo sabes perfectamente.

– Eso es verdad; con tanta claridad que te cuento si quieres, punto por punto y palabra por palabra, qué pasó y de qué hablamos.

Y como se quedó callado mirando el cenicero con gesto hosco, di por hecho que asentía y empecé a hablar, desde el principio; desde el principio aunque — entendiéndolo que había supuesto igual que yo que no teniendo ya temas comunes de que hablar después de tanto tiempo nos limitaríamos a cruzar algunas frases huecas en aquella acera abarrotada de la Carrera de San Jerónimo y a seguir cada cual nuestro camino — me salté el saludo y un par de trivialidades referentes al tiempo, por cierto, muy lluvioso.

– Tampoco te contaré — dije —, puesto que tú mismo podrás recordar un cenicero lleno de colillas y dos paquetes de tabaco vacíos iguales que estos —, que nos habíamos equivocado los dos y que nuestra conversación fue bastante más larga.

Omití asimismo el contarle que, al cabo de un rato recibiendo empujones de los que caminando con prisas y paraguas abiertos proferían improperios o algún seco perdón dedicándonos miradas hostiles, ahí estábamos: sentados a una mesa de un Coffee & Shop y departiendo, con perfecta naturalidad, como cuando éramos amigos inseparables.

– Y, como entonces — hablé al fin, contemplando recuerdo las partículas de polvo suspendidas en un rayo del sol, cegador casi, de aquella mañana de verano radiante —, tu conversación giraba en torno a lo que había girado siempre. Y como siempre yo trataba de seguirla preguntándome, como me había preguntado siempre, por qué era precisamente a mí a quien elegías sabiendo que en una cuestión tan importante para ti, y que tan por completo te absorbía, jamás había

Introducción

sabido ayudarte.

– Porque, vamos a ver — *te preguntabas*, le dije, *me decías*, *angustiado ante la amenazante impavidez del papel en blanco*; lo cual era un desperdicio lamentable, y perdona que haga este pequeño inciso pero eso tiene que quedar claro, porque mi sensibilidad fue siempre nula para el lenguaje literario — ¿Qué puede escribir alguien a quien ni gusta la novela ni sabe abordarla, ni se considera capacitado para escribir un ensayo ni, menos aún, posee los conocimientos suficientes de alguna materia como para que no lo paralice el pudor a la hora de exponer y desarrollar cualquier tipo de teoría?

– ¿No es una pregunta demasiado larga?

– No lo sé... ¿Cuánto puede importar lo larga que sea si está bien entonada?

– Está bien entonada, sí — admitió —; pero me parece, y perdona que insista, que es una pregunta demasiado larga para poderla recordar con tanta precisión al cabo de los años.

– A mí también — reconocí —, pero así es exactamente como la hiciste; aunque, si prefieres que te la repita con alguna pequeña variación...

– No. No es necesario.

– ¿Seguro?

– Seguro.

– ¿Sigo entonces?

– Sí. No me gusta la novela.

– ¿No te gusta la novela — *te pregunté incrédulo*, le dije — después de toda la vida intentándola?

– Por eso precisamente: estoy harto. No sé abordarla, termino de decírtelo; he empezado varias y me pierdo, no sé estructurar un argumento... divago, me confundo...

– Pues con ese panorama lo tiene chungo alguien, pero...

– ¿Alguien?

– Sí, bueno... El que ni le gusta la novela ni sabe abordarla ni se considera capacitado para... ¿De verdad no quieres que te lo pregunte de otra manera?

– No. Así está bien.

– Pero si ese alguien — seguí, mirando distraído las botas mojadas de una joven, con vueltas de piel — no se puede quitar de la cabeza el ser escritor, a mí me parece que la novela no puede ser muy difícil.

– Eso es lo que tú te crees — *Gruñiste*.

– Pues el ensayo — *sugerí, y traté de animarte* —: El ensayo no puede resistírsele demasiado a alguien que como tú sabe enlazar frases hábilmente, y plasmar sensaciones o sentimientos de forma en cierto modo filosófica, pero accesible y muy cercana... O eso oí asegurar alguna vez a amigos, de esos que entienden...

– No.

– No te digo un tratado sesudo; sólo un ensayo.

Introducción

- Que no.
- ¿Por qué?
- Porque... — *Recapacitaste un momento y, entornando un ojo, preguntaste* —: ¿Cuánto se ha escrito en torno a Don Quijote, por ejemplo?
- Mucho, supongo.
- Muchísimo — *Abundaste* — ¿Pero para decir qué?
- Ya sabes que yo...
- Pues cosas tales — *hablabas mirando, con cierto interés, a la joven de las botas; que estaba dando un beso en la mejilla a un hombre* — como que estaba loco.
- Él no recordaba ese detalle.
- Sí, algo he oído.
- Aunque resultaba difícil de creer porque había comentado «demasiado viejo para ella».
- ¿Y que tenía una visión distorsionada de la realidad?
- «Puede ser su padre», sé que dije. Pero si él estaba decidido a no recordar no valía la pena mencionarlo.
- Un poco vagamente, pero sí.
- Cuando, además, la chica no tenía el aspecto de ir dando besos por ahí a tipos mayores que no fueran su padre y él se mostró de acuerdo; e incluso agregó que o su tío o un amigo de siempre de la familia.
- Y que era tonto porque dejaba que todo el mundo se riera de él.
- » Una vez llegué a escuchar por la radio — *me contaste* — cómo un psiquiatra explicaba muy razonadamente y muy cargado de argumentos que lo que le pasaba es que tenía no sé qué dolencia extrañísima, llamada trastorno bipolar».
- Y que si no era ridículo.
- Cabe la posibilidad — *admití*.
- Aquel hombre, no había más que verlo bien plantado y con su traje azul charlando tan campante, no padecía ningún trastorno.
- ¡Por supuesto que sí! — *Recuerdo que exclamaste*.
- Pero que nunca, sin embargo, me dijo también, se había dicho algo tan sencillo y tan obvio como que un buen día, don Alonso Quijano, cansado de su pueblo, y de su sobrina y de su ama y de una vida gris en la que no iba a ocurrir ningún milagro que lo sacara de su tedio, decidió que el milagro iba a hacerlo él, y que se iba a comportar en adelante — pesara a quien pesase y costárale a él mismo todos los brazos rotos que pudiera costarle — como si aquellos molinos de viento fueran gigantes. Y como si aquella moza robusta y zafia que olía a ajos fuese una criatura celestial.
- Y cuando volví a mirar el hombre seguía allí, pero la chica caminaba hacia la puerta...
- Y que él — *agregaste* — no tenía nada absolutamente que perder.
- ...pero se volvió a medio camino haciendo gestos y el hombre dijo

Introducción

qué pasa.

– Nada — dijo ella —: que estoy tonta y me dejaba el paraguas.

» ¿En que podía a él dañarlo — *perorabas*; y la miraba, con cara de “mira, se va, qué lástima” ¿Cómo podía, alguien que hacía apenas un rato había presumido de recordar en condiciones, no conservar ni rastro de memoria de cómo le había impactado aquella chica que, a mí, me resultaba por el contrario bastante corriente? — ser objeto de las burlas de los duques si salía a cambio indemne su fortaleza, su férrea voluntad de no claudicar ni avenirse a confesar al mundo que todo estaba siendo fruto de una decisión tomada por él y que eran ellos, todos los demás, los que estaban bailando al son que él, y no ellos, estaba marcando?

– Esa, mira tú, sí que me parece demasiado larga. Y, además, una pregunta dentro de otra no sé yo sí...

– ¿Y si pudo servir antes por qué tendría que no servir ahora?

– No, sí, en cierto modo...

» O ahí tienes, si no, qué le dijo a Sancho tras la aventura de Clavileño: “Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos; y no os digo más”.

» ¡Y dicen que estaba loco!

» Nadie en el mundo ha conocido a alguien tan cuerdo.

» ¿Algún otro ser humano ha tenido los arrestos que él tuvo para defender contra viento y marea y hasta el último instante de su vida su derecho a ver el mundo como más le agradara aunque el precio fuese un poquito de desprestigio personal y alguna magulladura en el cuerpo?».

– A mí — bromeé — me gustaría tenerlos. O nada más la falta de cobardía suficiente para levantarme un día por la mañana y, al encarar a mi vecina cuando coincidimos en el descansillo...

– ¿Aquella gorda, brutota, que cocinaba tan bien?

Y, aunque no era ya la misma, por no andarnos perdiendo en cuestiones de la vida real de índole práctica la di por buena y contesté que sí.

– Aquella, sí; cuando salgo a mediodía del ascensor se me hace la boca agua... espetarle con perfecta naturalidad... pues, qué sé yo...

– Que está sencillamente preciosa con esa pamelita con caireles.

– ¡Eso! Sería delicioso encontrarse con alguien tan encantador cada mañana y luego — me entusiasmé —, en el despacho, pedir con mucha convicción al ordenanza...

– ¿Continúas en el ministerio?

– ¿Y dónde si no?... un ramo de petunias y, cuando me trajese el expediente número 27.314: “¡Gutiérrez, que esto son gladiolos!”.

» Y me limito a un par de insignificancias por no hablar de cuál podría ser mi sentir o cómo mi forma de encarar mi cada día tedioso — recuerdo que confesé con amargura — si tuviese el valor necesario para mostrarme ante los demás con una sonrisa que en nada dejase traslucir

Introducción

ninguna, grande o pequeña, de las frustraciones que me aquejan».

– ¿Es tan difícil comprender algo tan simple? — *preguntaste, volviendo a lo tuyo.*

– No lo sé — contesté, siguiendo a lo mío.

– Ocurre, sospecho a veces, que lo que les sucede a ciertos intelectuales es que, como Don Alonso Quijano, necesitan mostrar ante el mundo como auténtica una realidad, la suya propia, que saben perfectamente falsa. Y que el resto de los mortales, al caer en la ingenuidad de suponer que son en verdad personajes singulares, nos estamos dejando utilizar como Don Quijote utilizó a los duques.

– ¿Y por qué no lo escribes? — *te dije.* Queriendo ahuyentar mis tristes pensamientos.

» Respondiste que no, rotundamente; que el ensayo era un género pedante y pretencioso que no te seducía ni pizca; pero yo, ¡necio de mí!, insistí en mis forcejeos».

– ¡Yo sí que fui necio!

Le sugerí que dejásemos por el momento de evaluar nuestras necesidades respectivas y continuásemos — mirando con disimulo el reloj, porque se me hacía tarde — con lo que estábamos.

– ¿Y?

– Que seguí en mis trece...

– Eso es. Tú seguiste en tus trece de que no; y yo, en los míos de quererte animar: «Pues vuelve a la novela» ¿o no fue así?

– Ya te he dicho que no — insistió.

– «Tú sabrás, claro», te contesté — dije pensando que una mujer ni muy joven ni demasiado agraciada, a la que miré por casualidad, tenía los brazos demasiado gordos para llevar una camiseta de tirantes —; pero que la novela parecía... ¡para alguien, naturalmente, a quien guste escribir y sepa hacerlo!, un género bastante asequible.

– ¿Eso crees?

– Bueno... es verdad que desde fuera todo se ve diferente, más sencillo, pero considerando que en la novela puedes escribir lo primero que te pase por la cabeza...

– ¿Lo primero?

– ¡O lo segundo — repitiendo lo que le había contestado entonces —; si es que te empeñas en poner pegas!

» Lo que quiero decir es que no exige disponer de documentación compleja, o difícil de recopilar, y que no hay que preocuparse de que los datos que se manejan concuerden con alguna realidad...

– Tienen que concordar — *objetaste* — con “alguna realidad”; para que puedan ser reconocibles, e interesar a alguien.

– A lo que me estoy refiriendo es a que puesto que suelen ser ficticios, inventados... ¡A menos, claro, que pongas que América fue descubierta en 1527!

– ¿Por qué no?

– ¡Joder...!

– Siempre cabe el recurso de echar la culpa a un personaje: se lo

Versaciones de un chupaplumas

Introducción

haces decir a él y te podrás lavar las manos, llegado el caso, alegando que está mintiendo, o equivocado o loco... El problema no es ese.

– ¿Cuál es entonces?

– Pues...

Y le relaté cómo había hecho una pausa larga, al cabo de la cual preguntó cuántas novelas había leído yo en toda mi vida.

–En realidad, pocas. Dispongo de poco tiempo para leer y...

– «Terminas de quejarte de ser un oficinista aburrido» — dije, dando a mi voz el mismo tono teñido de acritud con que él me lo recordara —. Y agregaste «No es tiempo lo que te falta».

– «Eso es cierto». Y porque, no te lo negaré, me molestó lo de oficinista aburrido, decidí sincerarme.

– Lo recuerdo. Me contestaste que lo que en realidad ocurría es que no las soportabas. Y que te gustaría que alguien te explicase por qué quien muy posiblemente no soportaría a un amigo, o a un pariente, toda una tarde llorando en su hombro y haciéndolo depositario de sus cuitas, dedica gustoso, esa misma tarde u otra idéntica, a leer un mamotreto de setecientas páginas.

– Fue, verdaderamente — admití avergonzado —, una contestación un poco grosera para darla a alguien que, bueno...

– Alguien que llevaba toda la vida obsesionado con la idea de escribir aunque fuera nada más un folleto de veinte o treinta, ¿verdad?

– Sí, y lo lamenté en seguida. Pero tu reacción fue tan...

– La que fue “tan” fue la tuya...

– Te pusiste colorado, y...

– Queriendo que me tragase la tierra.

– ¿Tanto te dolió?

– Fue un impulso — y se encogió de hombros, como dando a entender “¡qué importa ya!” — una especie de arrebato...

– Y no te supiste dominar — Concluyo, echando una nueva ojeada al reloj.

– O, que pudiera ser, quise vengarme y...

– Te pusiste de pie — al fin y al cabo ya se me había hecho tarde —, muy decidido, y con aspavientos teatrales y a grandes voces empezaste a clamar «¿Hay entre los presentes, por ventura, algún voluntario que sepa explicar a mi amigo por qué quien muy posiblemente no soportaría toda una tarde...

– ¡Pero los hubo! — Exclamó.

– Oh, sí; los hubo...

– Hubo voluntarios y no sólo entre los presentes. Que también entre familiares — con voz entrecortada, más sereno ya el ánimo, por la risa — y amigos de la concurrencia... Acuérdate.

– ¡Por supuesto que me acuerdo! Y hasta entre algunos de los transeúntes apresurados.

– ¿Transeúntes apresurados, en un interior?

– Bueno... Era invierno; hacía frío y estaba lloviendo y las personas necesitan, por mucha prisa que tengan, entrar y tomar un

Introducción

café...

– O ir al baño.

– También.

– Oh, sí... Sin que faltara, justo es decirlo — siguiendo con el tema —, quien echando mano del móvil se ofreciese a “un momentito, puedo preguntar a mi esposa”.

» Pero es que también yo me sentía culpable — retomando el tono serio —, y pensé que... bueno, que buscar quién aclarase tus dudas podía ser una forma de hacerme perdonar lo del oficinista...

– Ya. Y yo, en mi azoramiento — no es algo que recordase como algo especialmente divertido, pero también yo intenté reír —, deseando que me olvidasen y regresara cada cual a sus asuntos...

– ¿Que te olvidasen?, ¿a ti?, ¿no era yo el que se había puesto de pie y estaba dando el espectáculo?

– Sí, eras tú. Pero me señalabas mientras les hablabas, y ellos me miraban a mí y, agobiado, no hice más que embrollar la situación al tratar de arreglarlo con, de pie igual que tú, como si estuviera dando un mitin, “¡Lo que quiero decir es que por qué se sobrelleva con agrado la exposición detallada de alegrías y tragedias de un o una desconocido o desconocida que no importa y causan, sin embargo, tanto hastío la dicha o la aflicción de alguien a quien se supone se conoce y se protesta que importa o, incluso en ocasiones, que se le o se la tiene cariño!”.

» – “¡Bueno!” — os apresurasteis a responder todos...

– ¿Todos? — Él.

– Bueno — yo —; tú no, claro. Tú eras quien había hecho la preg...

– Eso ya lo sé. Lo que te quiero decir es que no todos.

– Hombre, es sólo una forma de hablar. Alguno se callaría...

– Alguno, alguno... — él, en tono impaciente —; alguno puede ser cualquiera ¿No echaste de menos a nadie en particular?

– Pues la verdad — traté de hacer memoria — es que no.

– ¡La señora de los boquerones! Faltaba la señora de los boquerones...

– ¿Qué señora de qué boquerones?

– La mujer de aquel tipo... Aquel alto, moreno, de pelo engominado y un sello en el meñique que dijo “un momentito, puedo preguntar a mi esposa” ¿No la recuerdas?

– Yo recuerdo a la de las botas mojadas, pero a est...

– ¡Qué botas mojadas ni qué...! — Dijo, haciendo guiños despectivos — Esa, además, ya se había marchado. Te estoy hablando de esta, que... ¿Cómo has podido olvidar a una mujer tan absolutamente encantadora?

– Pues... Si me das una pista... Algún rasgo así que, más o menos...

– Ya te lo he dicho. Estaba enharinando boquerones cuando sonó el teléfono.

– ¿Del hombre de la gomina?

Introducción

– Sí. Una señora adorable, muy amable, con una voz preciosa, muy dulce, que explicó al tipo que se disponía a freírlos para la cena...

– Ah — yo —; que no es que estuviera propiamente allí.

– ¡Pues claro! Estaría en su casa, en la cocina, con un delantalito de flores y el pelo recogido en un moño italiano...

– Ya — creo que me salió un tono mortecino, como sin entusiasmo; aun así, y porque mi contestación no quedase tan escueta, sé que añadí —: ¿Por qué italiano?

– No lo sé — parecía molesto, como si estuviese yo tratando de algo así como acorralarlo —. Me gustan a mí los moños italianos, les da a ellas un aspecto pulcro, aseado... ¿Qué pasa por eso?

– No, si pasar no es que pase...

– Pues si no pasa déjalo estar... ¿Es tan complicado?

– No. No es complicado.

– Vale. Y que no se te olvide... — y, pasando a un tono más cordial —: anda, sigue.

– “¡Esa pregunta se parece mucho a la anterior!”.

– ¿A la anterior?

– Es lo que contestaron todos... menos ella, claro; que esa pregunta que yo hacía era muy parecida a la que tú habías hecho un momento antes. No sé si te... ubicas, o algo así.

– Ah, sí — sonrió, dándose aire con un periódico porque, cerca de medio día ya, que era, y en un día tan de verano —; alborozados y todos a la vez, ¿te acuerdas?, a coro, pugnando por ser cada cual el primero en dar la mejor respuesta; como colegiales que, habiendo apenas hincado los codos, vislumbran la posibilidad de sacar un aprobadillo aunque sea por los pelos.

– Algo así, sí — *admití, entendiendo que sí tenías tan buena retentiva para los detalles por qué no aprovecharla* —. Terminé sin embargo por concluir, por mi propia cuenta y sin pararme a considerar cuántas molestias estaba causando total para nada — lo que no recuerdo es si, olvidados de todo lo demás, nuestras voces habían ido subiendo de tono —, que, bueno, en fin...

– Sí. Que parece deducirse que lo que en realidad ejerce fascinación sobre el receptor de lo que se está narrando es concretamente el hecho de que se lo presenten encuadernado y en letra de imprenta.

–Y proclamó, puesto en pie, que la encuadernación y el ISBN convierten, por lo visto, un cotilleo de más o menos postín en literatura y, «¡todo el mundo lo sabe!», mirando a todo el mundo y mirándolo todos de hito en hito — terció la voz de un hombre —: «¡La lectura acrecienta el acervo cultural de quien la practica mientras que escuchar a un amigo o a un conocido o a un pariente contar sus cuitas frente a un café y un cigarrillo es una lamentable pérdida de tiempo a la que hay que resignarse si no se quiere ser tildado de arisco o de huraño o de intratable!».

– ¿Quién es usted? — pregunté al hombre, hombrecillo, en

Introducción

realidad, calvete e insignificante y en mangas de camisa a rayas que, levantando la vista del crucigrama que estaba rellenando, elevó su tono sarcástico de entonces por encima de las voces de antaño que con frenético parlotear permitían, apenas, que nos llegase, metálica y remota, una voz femenina que repetía una vez, y otra, y otra más: “¡Anselmo!”.

Pero no había nadie, entre los que diseminados en pequeños grupos debatían acerca de si había que dar tal aseveración por buena o era procedente el discutirla, que diese muestras más o menos fiables de ser Anselmo.

– ¿De qué está hablando? — le insistí.

– La cosa se vuelve — o se volvía, entonces, dijo, sin responder a mi pregunta mientras deposita con parsimonia el bolígrafo en el bolsillo superior de su camisa — más llevadera, cobra un punto de interés... según usted y algunos de su cuerda, cuand...

– ¿Qué cuerda?

– La de ustedes, los que dicen que si la lectura tal que si la lectura cual... — respondió, añadiendo a su crucigrama una palabra que debía de ser corta, porque volvió a levantar la vista enseguida y continuó —: cuando, ese amigo que nos habla... «Frente al café y al cigarrillo de antes», dijo usted, «por no andar acarreando bártulos para cambiarnos de escenario; que aquí total estamos bien», engalana su tristeza o su contento

– ¡Anselmo! — La voz.

– ¿Hemos hablado de bártulos? — Mi amigo, a mí en voz baja. Pero Anselmo o no estaba o no la oía.

» o su adversidad o su ventura — continuó, colocando el capuchón al bolígrafo, que colocó en el bolsillo superior de la camisa — incorporando a su relato un otro pariente o amigo, o simple conocido o tiránica amante u odioso enemigo, que va y viene y dice y hace y gesticula y que es, ni más ni menos, el personaje que con sus actos y sus gestos y sus ires y venires, y con su qué dijo y su cómo lo dijo y en qué entorno y en qué circunstancias lo dijo, le ha dado a nuestro interlocutor el disgusto o la alegría tan grande que nos está contando, ahí, delante de un café que se ha quedado frío y un cenicero lleno de colillas.

– ¡Anselmoooo!

– Sin que nadie le respondiera, entusiasmados todos con la acalorada discusión en que se quitaban unos a otros la palabra y “si en la peripecia, amigo mío — estaba diciendo, contaba ahora mi amigo , con su buena memoria para los detalles, que había dicho una mujer con bufanda — no hay personas concretas, con su relación específica con nuestro interlocutor y provistas de caras y gestos y actos; lo que está ocurriendo podrá ser más o menos conmovedor, sí, claro, pero resultará, salvando las distancias, el equivalente a un documental; infinitamente menos apasionante que Lo que el viento se llevó, por poner por caso”.

Introducción

– Eso dijo, eh — Pero yo empiezo a sentirme cansado, medio distraído, casi somnoliento, con la mirada fija en las uñas de la esposa de Anselmo que, desesperada porque Anselmo la ignora, se está pintando en la soledad de su cuarto de baño.

– Sí, eso dijo... No sé si te estás enterando en condiciones.

Parece que te noto un poco...

– Sí, me estoy enterando.

–Tras la incorporación — “prosiguió”, continuó, “y dijo que sin hacer yo más pausa que la suficiente para beber un sorbito de agua” ...

– ¿Pero el que estaba hablando no era yo?

– ¿Seguro que te estás enterando?

– Pues claro que me estoy enterando.

– Tras la incorporación nuestro interlocutor no es ya un hombre o una mujer insignificante y pusilánime y latoso sino un protagonista, y el amigo o pariente o simple conocido, o tiránico amante u odioso enemigo que lo hizo feliz o desdichado ha dejado de ser el “nadie” a quién desconocíamos hasta hace apenas un momento para transformarse de súbito en alguien, un “alguien” que está ahí, siendo ya inevitablemente un personaje que nos trasmite sensaciones y nos despierta sentimientos, aquí, en nuestro presente.

– ¡Anselmo! — sujetando el auricular con la barbilla contra el hombro.

» Y que además — abundó el amigo de la de la bufanda —, lo que cualquiera nos pueda contar que le contó un amigo, llorando y moqueando y malamente en una sobremesa lacrimógena, nos lo glosará el escritor, a las mil maravillas y aderezado con sus puntos...

»— Exacto; y con sus comas —la mujer —, como Dios manda».

– Pero...

– ¡Ans...

– ¡Cállese! — me increpó, “airado”, dice mi amigo, “cerrando el cuaderno de crucigramas” —. Aunque nada más es, de momento — volvió, en tono más suave, a su perorata —, un personaje secundario; claro ¡Pero secundario nada más — alzando gradualmente la voz...

– ¡Anselmo — cambiándose el auricular de hombro —, por favor! Silencio.

...que va adquiriendo un matiz dramático — hasta que quien nos lo cuenta y presenta y describe lo revista de tanta importancia que termine por eclipsarlo a él mismo y... Bueno, pues allá él, *yo me iré desentendiendo poco a poco de ti y prendándome paulatinamente de sus encantos, incluso — fíjate que te lo estoy advirtiéndome...*

– ¡Anselmo, que no te lo repito!

...con tiempo, dijo, mirándonos entornando los ojos con dureza; *luego no me vengas con nuevos lloros y, todos estos*, señalando alzando la barbilla despectivo al resto de los clientes, *con reclamaciones — aunque se trate del malo o de la mala!*

– Anselmo... — cerrando el frasquito del esmalte — ¡Mira que cuelgo!

Introducción

– «Pero aun así, y no porque un hipotético personaje haya proferido la amenaza de arrebatarnos al ser amado o simpatizar con quien detestamos; que sólo era una suposición y además no hay que exagerar porque es evidente que se trataba nada más de una advertencia —“intervino el camarero”, tercia mi amigo, continuando con el relato del hombre que ahora hace suyo mirándome fijamente, como si las palabras que pronuncia hubieran sido entonces mías, “que moviéndose diligente por el local con su bandeja en alto propicia, sin pretenderlo, que pese a que se le nota, a mi amigo, francamente alterado y me da pena echar más leña al fuego, sucumba yo al impulso de encararme con él diciéndole que ni a ellos ni a mí tiene que advertirnos de nada; que ninguno somos un escritor frustrado incapaz de saber encauzar nuestro talento” —, sigue sin ser lo mismo».

–Ni caso, Anselmo — colocándolo, junto a las tiritas y el dentífrico, en el armarito del baño — ¡Es desesperante!

– ¡Eso no es cierto! — exclame, poniéndome indignado en pie y dando un puñetazo en la mesa; francamente ofendido.

–Oh, no claro — ella —: a ti no te lo parece.

–No, no lo es lo mismo, ciertamente — metió baza una señora que, dijo el calvete mientras ponía yo de pie la silla que al levantarme tan violentamente derribé sin querer, de espaldas, apoyada en su carro de la compra jugando a la máquina tragaperras, habló en tono muy alto por encima del hombro, sin volverse —; sigue sin ser no ya lo mismo sino que... ¡ni remotamente parecido a lo que podría contarte mi portera!

» – Como que no se puede comparar — exclamó en nombre ahora de, al parecer, un tipo delgado al que describió someramente sin que yo lograra recordarlo ni mi amigo prestara la atención que suele, mientras se ponía en pie consultando el reloj, apoyando a la del carro — la diferencia en expresividad, en color, en lujo de detalles, con sus puntos y sus comas...

» – Muy cierto — dijo enrollando su cuaderno de crucigramas que asintió la jugadora, empezando a caminar hacia la puerta—: Además, cualquiera de ustedes no tiene más que ver que los que se autodenominan lectores empedernidos consideran de mal gusto chismorrear con las porteras».

– Eso es verdad — *replicó una señora que permanecía de espaldas, abanicándose*, que se ve que con lo del puñetazo me he espabilado un poco, sin *apartar la mirada de la televisión, que estaba puesta* —: Si quieren ustedes estar al tanto de la vida y milagros de los del cuarto tres, pongamos por caso, nadie se los contará mejor que mi portera. Pero mi chico el mayor dice que eso no es literatura.

– ¿Ves, Anselmo, cómo...

– ¿Se puede saber — se oyó una voz entre la multitud de allá — quién leches es Anselmo?

– ¿Sí? — se llevó al fin el transeúnte apresurado el teléfono a la oreja.

Introducción

– Me dijiste, Anselmo — me llegó desde allí a la memoria, emergiendo un poco apagada por el ruido de la moto de un repartidor de pizzas, o por el de la máquina tragaperras, o por el de la televisión del local que estaba transmitiendo un partido de fútbol o un concurso, a través del móvil del marido la voz de la señora de los boquerones, quejumbrosa —, que la pregunta era de literatura...

– Anda, pues era un concurso — escuché cómo rascándose el pecho cubierto de vello entrecano se lamentaba un hombre fornido que, decepcionado, sacó unas monedas del bolsillo de su zamarro y arrojó, sobre el mostrador, el importe de su consumición porque... ¿qué hacía él allí si no iba a tener ocasión de gritar gol a su equipo?

» llevo media hora intentando decírtelo; de literatura, Anselmo, y ahora me encuentro con que voy a hacer el ridículo porque resulta que es de cine...

– ¿Qué cine?

– Oh, mírale, “¿qué cine?”. Qué cine cuando todo el mundo ha oído que Lo que el viento...

– ¿Qué viento?

– Lo que se llevó, Anselmo. El ridículo más espantoso porque como tú no quisiste llevarme...

– Eso no es verdad.

–O no lo es, al menos, en la opinión aquí entre nosotros del hijo mayor de esta señora y allí entre ustedes en la de aquella otra jugando a la máquina tragaperras apoyada en su carro de la compra — dijo el hombre, que con una mano ya en el picaporte de la puerta alargó el cuaderno de crucigramas con la otra, enrollado, sobre el mostrador —, para una «persona culta, sensible, inquieta, conocedora de que la misión que el ser humano ha de cumplir a lo largo de su vida consiste no en morir como nació sino enriquecido por el conocimiento que le va a proporcionar el estar al tanto de qué está ocurriendo en el mundo»... ¿No es cierto?

– Sí que lo es, Anselmo.

Y Anselmo, malhumorado, colgó.

–Es que mi chico — adujo la del abanico — es de pocas palabras.

– «O por el prestigio de que lo va a adornar...— apostilló, “¿no, amigo?”, alzando la voz hacia el que salía un hombre con sombrero de paja al que lustraba los zapatos un limpiabotas...

– ¡Pero si ya no quedan limpiabotas!

– Pues este, donde lo ves, allí estaba.

– Está bien.

–... limpiabotas; pero como el calvo siguió su camino sin hacerle caso, chascó la lengua, suspiró y, tras un resignado “en fin, lo diré yo” suspiró nuevamente y prosiguió —: el poder decir que ha leído un libro de tal o cual autor». Que lo dijo, más o menos en estas palabras y mientras el teléfono de un tal Anselmo sonaba insistentemente aunque este se hacía el loco, uno que terminaba de entrar y se notaba, por su

Introducción

desenvoltura, que era asiduo del establecimiento. Cualquiera de ustedes que estuviese allí lo recordará.

– O que ha visto... a mí es que me gusta mucho el cine, pero la situación era muy violenta porque se notaba que no quería contestar — terció un señor con el cuello flaco y la nuez muy marcada, vestido con un traje milrayas que le quedaba grande —, una película de este o aquel director... Sí señor; y pidió un tinto.

– Por no hablar de lo muy fortalecido y seguro de sí mismo — dijo otro señor, más corpulento, con camisa de seda y un pantalón claro, que aseguraba haber sido testigo de cómo Anselmo dejaba sonar el móvil sin inmutarse — que saldrá de la empresa si pese a las advertencias no se deja amilantar y sigue adelante, gimoteando y dando la vara y llorando en el hombro del amigo o pariente o...

– ¿Estamos hablando, perdone — se interesó el limpiabotas —, del que contaba su vida sin color ni detalle ni puntos ni comas?

– ¿A usted qué le parece? — Replicó el interpelado, que inflando el pecho añadió —: o tiránica amante u odioso enemigo... ¡Pues claro!

Y soltando una densa nube de humo, azulado, de su cigarro puro, puntualizó cargado de suficiencia que es que las mujeres, sobre todo las esposas, son muy pesadas «Pero yo tengo un amigo que estaba allí que es notario; y lo que el caballero pidió era aguardiente».

– Yo — el del cuello flaco — es que sólo veo las del oeste y alguna de gásteres; pero, si usted lo dice...

– Pues a mí — pasando el encargado, hombre ya entrado en años, un paño húmedo por el mostrador —, que lo que me iba por entonces... o lo que dije al menos que me iba tal vez porque a los jóvenes les gusta dar la nota, era el drama psicológico y cuando vi la fotografía de aquella señora me pareció muy joven y muy guapa aunque bastante triste, nadie me quitará de la cabeza que pidió un poleo menta.

– ¿Seguro? — el corpulento.

– Tristísima... «A mí, en cambio — “la de la tragaperras”, dijo, dando por zanjado el asunto de la consumición con lentas pasadas de su paño húmedo sobre el mármol blanco —, esa clase de drama ni me lo nombré; desde que vi aquello quité las cortinas y puse una mampara».

» – Eso es Terror — “dijo un señor con corbata y cartera”, decía colocando ahora el paño estrujado y doblado a su mano derecha, “que debía de ser el amigo de este caballero”, señalando con la barbilla al del traje claro.

– ¿El notario?

– Pánico, sí; horroroso — la que miraba la televisión —. Pero, además — abriendo su abanico con enorme brío —, “drama psicológico”.

– ¡Pero el notario precisó que se estaba refiriendo al género! — puntualizó un anciano menudito dando la razón al encargado porque, en efecto, «la esposa de aquel tal Anselmo era, aunque sólo la vi en blanco y negro, una mujer preciosa».

Introducción

- ¡Pues como la vimos todos! — la de la tele.
- Ah — dice el corpulento —, pues no sabía...
- Eso es porque no serían tan amigos — mordaz el de la nuez.
- O por guardar el secreto profesional — el limpiabotas.
- Verás cómo se acaban los anuncios — refunfuñando a solas la de la tele — sin que haya forma de enterarse de por qué está triste.
- Lo estará, señora — habla por primera vez un hombre que ha permanecido alejado, fumando con la mirada fija, abstraído, en una copa de cerveza de la que parece haberse olvidado, silencioso y pensativo en el extremo del fondo de la barra —, por lo que le dé la gana a quien haya escrito el guión —. Y en tono más bajo, como hablando para sí tan sólo —: Siempre es así.
- Pues, yo — ella; que guarda su abanico en el bolso, como quien pone punto final a un asunto —, quiero saberlo.
- No sé... — dice mi amigo que, con menos determinación que la mujer del abanico y casi tan abatido como el hombre de la barra, aparta a un lado los papeles y se hunde los dedos entre el pelo con ademán cansino —; pero esta situación, por más vueltas que se le dé, no tiene una salida viable.
- Un poco complicada — tengo que reconocer aun lamentándolo — desde luego sí que está.
- ¿Sólo un poco?
- O algo más que un poco — rectifico —; si es lo que quieres.
- ¡No es lo que quiero, como comprenderás!
- Lo que quiero decir... Bueno, que sí que lo está. Para qué vamos a engañarnos... ¿verdad?
- Evidentemente no es lo que quiero, pero... — sacude la cabeza y emitiendo un pequeño bufido echa mano del paquete de tabaco; pero lo encuentra vacío y — ¡por favor! —, a la camarera, alzando el brazo, una chica muy joven, de ojos bonitos aunque regordeta, un poco culibaja.
- ¿Deseaba algo?
- Sí: la máquina, tabaco, dónde está por favor... No es lo que quiero, pero es lo que hay...
- Ella dice que no hay, pero que le diga qué tabaco quiere “y yo se lo traigo”. Y él contesta Winston.
- » ...siempre — estrujando con amargura entre sus dedos la cajetilla vacía —, indefectiblemente, como una maldición, siempre sucede lo mismo ¿Te acuerdas de que te lo dije?
- Sí, pero...
- Pero no imaginabas que pudiera resultar tan caótico, ¿verdad?
- No es tan caótico — trato de minimizar —. Lo que ocurre es que... Oye — se me ocurre, de repente y sin demasiada reflexión —, ¿y si tratásemos todo este asunto, nuestras cosas, en otro lugar?
- ¿Cuánto más puede importar un sitio que otro?
- Pues quizá sí. Tal vez en otro tipo establecimiento, menos...
- Es bonita la risa de esa chica.
- La camarera se ha parado, ya de regreso, con un cliente que se

Introducción

ha sentado unas mesas más allá; debe de ser fijo porque cruzan unas palabras en tono desenfadado, y ella ríe.

– Sí, muy argentina — respondo, distraído; y aparto la mirada del hombre, que despliega un periódico, para seguir hablándole a mi amigo — ¿Es necesario tanto barullo?

– ¿Qué importa eso? Cuando uno tiene claro qué quiere ni lo nota, se abstrae, y el mundo exterior no interfiere... Muchas gracias.

Ha tomado el paquete de Winston de manos de la camarera y lo contempla pensativo.

– Yo creo que el mundo exterior siempre interfiere.

– No si uno tiene las cosas claras, si sabe adónde va...

– ¿A tiro hecho?, ¿sin que nada ni nadie lo perturbe?, ¿sin que nada ni nadie desvíe su atención?

– Bueno, no quizás tanto — reconsidera, y parece decidido a tirar por fin del precinto de los cigarrillos —; pero qué menos que pedir a ese algo o a ese alguien que sea esencial, determinante, vital... ¡En fin! Y tira del precinto.

Tira del precinto y abre la cajetilla, y saca un cigarrillo, y lo contempla mientras lo hace girar entre sus dedos antes de llevárselo a los labios.

– No es lo que quiero — habla ahora en tono más enérgico, como quien ha cerrado un paréntesis tratando, tal vez, de arrinconar con un “no importa” algo que no quiere o no sabe resolver —, evidentemente, pero... ¿y el mechero?

Le doy fuego y me quedo mirando los círculos de humo, tan redondos, bien definidos, que se van agrandando uno tras otro hasta muy lentamente diluirse, lejos, cerca del techo, pensando nunca he sabido hacer esos círculos... Y pregunta “¿qué te dije?”.

– “Es lo que hay” — Y suspiro, dando casi un respingo; descartando la posibilidad, tan sin sentido ya, de echar más ojeadas al reloj.

– ¡Ahí iba yo!

– ¿Y?

– ¿Cómo que “y”? ¿No te parece desesperante?

– Me parece, sencillamente, que la vida es así.

– ¡Qué fácil es decirlo!

– Mira — le digo —, creo que lo único que te pasa es que estás cansado, o deprimido...

– Es posible — admite — ¿Pero cómo no deprimirse cuando uno ve que hace las cosas con... sin, sin prácticamente ningún criterio?

– Muchas cosas se hacen en la vida sin ningún criterio. Sin saber para qué... Y... — no sé mucho qué decir, y jugueteo con la cajetilla, haciéndola dar vueltas con golpecitos con el índice en una esquina, y luego en la siguiente. Luego lo dejo, me paro, y me quedo pensando qué difícil es describir algo tan sencillo y tan sin importancia, ¿cuánto puede importarle al lector un detalle tan mínimo? — la vida sigue, ¿sabes?

Introducción

– La vida sigue, sí; pero esto no — Ha agarrado los folios con gesto brusco, arrugándolos, para agitarlos frente a mis ojos; luego los vuelve a depositar sobre la mesa — La vida sigue porque tiene su propio impulso, su propio sentido; esto y toda esta gente — dice, barajando los folios y golpeando en uno o en otro con el dedo en un punto cualquiera, sin atender a si está o no acertando sobre alguien — no tiene más vida que la que tú le des.

– Dásela.

– ¿Cómo?

– Désela, ¿dónde está el problema?

Es el cliente, el que parece fijo quien ha pronunciado esta frase, y lo miramos los dos desconcertados. Pero él no nos mira a nosotros sino que su mirada salta, alternativamente, de la camarera a una mendiga harapienta que espera de pie.

– En ninguna parte, don Antonio.

La chica desaparece tras el mostrador llevando una botella en la mano, y se oye correr el agua del grifo. Cuando sale alarga la botella a la mujer, que se aleja tras un efusivo, un poco tímido, “muchas gracias”.

– Nunca le niego el agua cuando la pide, don Antonio — habla ahora en voz baja la chica al hombre, dando pasadas con un paño sobre el mármol de la mesa perfectamente limpio —, y usted lo sabe. Sólo le he pedido esperar fuera...

– ¿Y qué daño hace?

– Ninguno, don Antonio; pero al jefe no le gusta que entren.

El hombre vuelve a su periódico y la chica regresa tras su mostrador.

– ¿Cómo les doy vida? — Inquieta mi amigo, cerrando el paréntesis.

– Pues... No negándosela. Simplemente.

– Tan sencillo como llenar una botella de agua, ¿verdad?

– No, claro — admito —; no es tan sencillo. No somos Dios, el escritor no es Dios, el escritor no tiene imaginado valor para lanzar a la deriva a sus criaturas y desentenderse de ellas. El escritor ha de darle a las suyas la vida resuelta... Pero, ¿Por qué?

– No la vida resuelta — protesta —; no la vida resuelta pero sí está obligado a conocerlas, como conoce Dios a las criaturas suyas.

– ¿Y qué que las conozca? ¿Qué les soluciona — y miro, de manera instintiva, en la dirección en que vi alejarse a la mendiga —, ¿qué nos soluciona a los mortales que Dios nos conozca?

– No lo sé. No lo sé pero nos cabe al menos la esperanza, o la ilusión, de que nuestras vidas, nuestros actos, tengan un por qué...

– Sí, ¿y?

– Los escritores, tú lo has dicho, no somos Dios; no podemos dotar a las criaturas nuestras ni de motivaciones, ni de fe, ni de criterios para actuar o comportarse...

– De la fe no sé decirte. Pero motivaciones y criterios los hay

Introducción

siempre; pueden ser disparatados o erróneos pero siempre los hay, en alguna parte, por más que estén permaneciendo... cómo te diría: soterrados u ocultos.

— ¡Y tan oculto!... — ahora es él quien dirige su atención a los cigarrillos, no para hacer girar el paquete a base de esos golpecitos con el índice que resultan tan difíciles de describir pero que tan poco importan, o han de importar, al lector exigente que no está para desperdiciar su tiempo en detalles tan nimios —. Tanto que... — No para hacerlo dar vueltas sin motivo sino para, sujetándolo con ambas manos frente a sus ojos, como si fuera un libro, mirarlo fijamente como esperando que las grandes letras rojas sobre fondo blanco le vayan a desvelar algún enigma —, y fijate que me gustaría saberlo... ¡Pero déjalo!

— ¿El qué?

—No, nada... — se encoge de hombros y le da decidido la vuelta al paquete, que aunque boca abajo sigue poniendo Winston — salvo que, digamos, las letras son blancas sobre fondo rojo. Pero ya te digo: déjalo.

— ¿Seguro?

—Oh, sí: Míralas...

—No me trates como a un idiota — digo, con cierta dureza —
¿Qué es lo que te gustaría saber?

—Por qué te enfad...

— ¡No me enfado!

—Por qué te enfadaste.

—Ah ¿Yo? ¿Me enfadé?... ¿Cuándo?

—Pues... cuando tiraste la silla, y todo eso.

—Cuando tiré la silla; sí — recuerdo y, sin pararme a reflexionar, respondo «¡Pues vete tú a saber!».

— ¿Te das cuenta? — Apuntándome con el cigarrillo que se dispone a encender —: ¡Eso es lo malo!

Eso es lo malo porque — dice — lo que él quiere es una explicación convincente, incontestable, a la que ni el más exigente de los lectores que rastrean minuciosamente el texto buscando incoherencias o contradicciones le pueda sacar la menor falta; y no encontrará paz ni sosiego, ni podrá dormir tranquilo, padeciendo además unas jaquecas horribles, mientras no la tenga.

— Pues... Verás: yo pensé — tratando de regresar al lugar de los hechos — por ejemplo y si te apetece que aquel hombre, el de los crucigramas, estaba insinuando que yo te había... algo así como “traicionado”, ¡sólo supuestamente, desde luego!, de algún modo.

— ¿Traicionado?

— Sí, bueno... Entiéndeme. Aunque sólo y desde luego, ya te digo, en cierto modo y con matices...

— Ya, sí, claro; pero eso se pule luego. Lo que me interesa de momento es saber cómo.

— ¿No te importa el porqué?

— Yo soy sólo escritor, los porqués son asunto tuyo; si quieres

Introducción

conocerlos...

– Vale. Me haré visitar por un psicólogo. Pero mientras tanto, y puesto que en efecto el escritor eres tú, y puesto que yo soy por tanto tu criatura... ¿No me podrías proporcionar alguna pista?

– ¿Qué pista?

– La que primero se te ocurra — digo, con unas ganas tremendas de marcharme —. Bástete saber, si te sirve de algo, que seré una criatura obediente...

– No es una criatura obediente lo que, en mi situación, me está haciendo falta. Lo que yo necesito es alguien con iniciativa.

– He ahí una pista — y declaro —: ¡tendré iniciativa!

– Pues hale — me insta.

– Déjame pensar — Y enciendo, con mucha parsimonia, un cigarrillo.

– Pero poco y algo sencillito, ¿quieres? No es necesario que te esmeres en maquinando un asesinato...

– ¿Y algo en la línea del atraco al tren de Glasgow?

– Tampoco.

– Lástima. Es un género que, tengo entendido, suele tener mucho éxito.

– Prefiero algo más original.

– Aquel atraco no fue ninguna tontería...

– Ya lo sé, pero no es lo que quiero... ¿Puedes entender que lo que busco es algo más cotidiano, más próximo a las ambiciones, a las inquietudes o las aspiraciones de personas corrientes?

– Bueno; si lo que quieres es tan... ¿cómo has dicho; “cercano” ?, sí que puedo tener una ligera... Pero es tan...

– ¿Qué?

– Idea, noción; pero muy... Inconcreta, poco definid...

– ¡Pues suéltala!

– No.

– Vamos... Has dicho que serías una criatura obediente, y que tendrías iniciativa.

– Ya, pero...

– ¿Cuál es ese “pero”?

– Pues que me da corte; que no quisiera que la idea partiese de mí.

– ¿Pero no soy yo quien te está pidiendo ayuda?

– Sí, pero... cómo te diría: no me parece elegante.

– Entiendo — suspira — ha sido un atrevimiento por mi parte...

– ¡No, por Dios! He querido decir por mi parte... Que no me parece correcto. Encuentro que es una grosería el sólo hecho de insinuártelo.

– ¿Qué me estás insinuando?

– ¡Joder!... En fin, te lo plantearé. Veamos: ¿Quién soy yo?

– Mi amigo.

– Eso ya lo sabemos. Lo que quiero es que me digas quién soy

Versaciones de un chupaplumas

Introducción

yo.

– Pues mi amigo...

– Vamos, dilo sin vergüenza; antes lo dijiste, y muy bien. Yo soy un oficinista de mierda.

– ¿Cuándo he dicho yo esa ordinariez?

– No, no lo has dicho. Tú dijiste “oficinista aburrido”; pero yo sé que soy un oficinista de mierda mientras que tú, muy por el contrario, ¿qué eres?

– Un desastre.

– ¡“Un desastre”! ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que a mí me podría gustar ser ese desastre?

– ¿Estás hablando en serio?

– ¡Pues claro!

– Eso, mira... — con lentos cabeceos afirmativos — podría ser una justificación aceptable.

– ¡Joder; no me irás a tocar las pelotas! — casi rujo, mosqueado.

– Claro que no. No te pongas grosero...

–Es que... hay que joderse que si porque un hombrecillo estúpido que hace una insinuación disparatada e impertinente...

Porque, digo yo — se me ocurre plantearle, a bocajarro —: Yo a ti algún cariño te tendré, ¿o no?

–O deberías tenérmelo — bromea ahora —; teniendo en cuenta que nos conocemos desde niños y que, si bien es verdad que cuando nos hicimos mayores nuestras vidas siguieron rumbos muy diferentes, y nos distanciamos, no hay que perder de vista que los afectos de la niñez arraigan mucho...

–Y considerando, además, que no tengo — también yo me animo a bromear —, como muy bien sabes, ni parientes ni amigos...

–... ni tiránica amante no odioso enemigo — ataja diligente —; sí, ya lo sé. Pero ahora estoy hablando absolutamente en serio y lo que quiero es...

–Comprendo — replico, con amargura —: que no te cuente mi vida.

–No... No, no, no, no — rechaza, de plano, espachurrando en el cenicero el cigarrillo que acaba de encender —. Tu vida me interesa enormemente, porque eres mi amigo. Y porque eres mi amigo y yo quiero estar a la altura de tu amistad, que aprecio en mucho y tengo en gran estima, voy a corresponder depositando en ti mi confianza al pedirte que sí, por favor, que me traiciones.

–Oh, no, por favor — respondo —; pídemme otra cosa, pero no eso.

–Es que — argumenta en tono suplicante — lo que necesito es precisamente eso.

–No, querido amigo — me resisto —; no puedes esperar de mí, tu amigo de toda la vida, que me comporte de un modo tan infame. Sería una iniquidad.

– ¿Qué iniquidad? — exclama, en tono en verdad tan suplicante que me siento mezquino — ¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Dónde

Introducción

estaría el daño que pudieras causarme si sería en beneficio mío; tu amigo del alma de la infancia y que ha confiado siempre en ti, sin la menor reserva? No, créeme: lejos de causarme daño alguno llevarías la paz, el sosiego, a mi espíritu atribulado.

– ¿Y qué pasa conmigo: que no importo?

– ¡Cielo santo; pero si importas muchísimo! ¿O es que olvidas que yo jamás podré desterrar de mi recuerdo que has sido tú, siempre, la persona que ha estado junto a mí en los momentos difíciles; la que me ha acompañado y dado aliento en situaciones tan adversas como la pérdida, no hará más de un par de meses y en plena juventud, de mi querida esposa que Dios hubo, sin duda, de acoger amoroso en su seno porque era un dechado de bondad y dulzura?

– ¡Cielo santo! — Me duelo, compungido; y le pregunto — ¿A qué viene torturarse de ese modo?

–No me torturo; es que el dolor de mi corazón atormentado es muy grande.

–Y quieres que te acompañe en esa empresa, ¿verdad? ¿No comprendes que con la indignidad que me propones también a mí me dolerá el corazón, sí, y estaremos así juntos en el tormento, sí, pero me sentiré yo tan ruin, tan mezquino y despreciable, que el no poder alzar mis ojos a ti por causa de la vergüenza hará que nos sintamos tan lejanos y tan solos que el sacrificio no habrá servido para nada?

–Me empieza a parecer, mi caro amigo, que lo que a ti te pasa es que o mal eres un cínico o, peor aún, un cobarde.

–Es injusto — protesto en tono entre afligido y enérgico — que me acuses de tal cosa. Estoy dispuesto y tú lo sabes a hacer por ti no importa qué sacrificio; pero una traición, esa traición que me pides me parece, la verdad, un abuso... ¡Por tu parte, evidentemente!

– ¡Ah, muy bonito: va a resultar ahora que el malo voy a ser yo!

–Pues sí — y sé que estoy hablando con dureza —; para decirlo claro.

–Está bien — y enciende un nuevo cigarrillo, mostrándose ahora enérgico —: falta a la palabra que diste a mi pobre esposa, cuando te rogó en su lecho de muerte que no me dejaras de tu mano y me brindaras en todo momento tu protección «porque éste, tú bien lo sabes», dijo, pasándote amorosa la mano por el pelo con sus últimas fuerzas, «como siempre ha sido un inútil no va, sobretodo en el tema de Camelia, a saber desenvolverse».

– ¡Camelia, no!

– “¡Camelia, no!” ... De acuerdo, la decisión es tuya; falta así pues a la palabra que diste a una pobre moribunda, si es lo que quieres.

– Es que — intentando hacerlo entrar en razón — yo con Camelia nunca...

– Ya. Siempre le has tenido una cierta antipatía.

– ¡No, en absoluto!

– ¡Pues entonces...!

Versaciones de un chupaplumas

Introducción

- Lo que pasa, verás, es que le encuentro... no sé, tal vez un carácter voluble, algo desconcertante...
- ¿“Inmadura” ?, ¿la encuentras inmadura?
- “Inmadura”; eso es. Unos cambios, una inestabilidad, un no definirse, un andar continuamente dando bandazos, cambiando sin parar de ánimo, de idea, de planes, de...
- ¿Y no te has parado un momento a pensar cómo te sentirías de orgulloso si con tu buena industria sentara la cabeza?
- No seas tramposo... ¡Sólo me quieres adular!
- ¡Vamos — suplica —: hazlo por mí!
- De acuerdo — me ablando al fin, aun con hartos pesares —; acepto, pero...
- ¡Eso es un amigo! — y me propina un muy afectuoso palmetazo en el hombro, con la cara radiante de júbilo.
- Luego me mira y pregunta «¿Pero “qué”?».
- Yo le contesto «Pues...»
- Y como dice que me explique:
- ¿Por qué? — pregunto.
- ¿Cómo “por qué”? — se escandaliza, y dice “¡pero si terminamos de hablarlo!” y que —: pues porque eres mi amigo del alma de toda la vida, y porque tienes toda mi confianza...
- No, hombre, ya: si eso sí... Lo que quiero saber es el motivo; que necesitaré uno, digo yo, y como el hombrecillo de los crucigramas no concretó...
- Bah, eso — con un encogimiento de hombros — es algo muy secundario...
- ¿Cómo “secundario”? — Pongo el grito en el cielo —: El móvil es vital, imprescindible, in...
- Pues no sé si te va a apetecer — replica, pensativo —, pero a mí se me ocurre que... ¿Te enfadarás?
- ¡Qué me voy a enfadar!
- La envidia.
- ¿Qué envidia?
- ¡Pero si tú mismo la has reconocido hace apenas unos minutos!
- Puede, sí — admito, amontonando los folios esparcidos sobre la mesa —, pero con tantas emociones no tengo yo la mente muy... y no me acuerdo.
- Pues la que le tiene que tener por fuerza un chupatintas aburrido a un escritor brillante, bien considerado, con mundo... Creo yo.
- ¡Estupendo!
- “**Te dije**”, **le dije**, contándoselo, textualmente, palabra por palabra aquella mañana de verano radiante, contemplando las partículas de polvo suspendidas en un rayo de sol, cegador casi, etc...
- » “Lo que tú me pediste exactamente ¿Dónde está el daño?, ¿dónde mi culpa?”».

Introducción

Pero, él, me reprochaba no sé qué deslealtades y me culpaba de haber traicionado nuestra amistad. Me reprochaba no sé qué deslealtades y me culpaba de haber traicionado nuestra amistad. Me reprochaba no sé qué desl...

– ¡Ya basta! – Corto sus reiteradas acusaciones dando un puñetazo sobre la mesa –: Deja a un lado tu estúpido orgullo y dime si en verdad hay algo de lo que puedas quejarte.

– De nada, según tú – refunfuña, sin mirarme.

– No, no – le insisto– quéjate si es lo que te apetece y pasemos a...

– No quiero quejarme – replica, con gesto contraído – lo que pasa es q...

– ¡“Lo que pasa es que, lo que pasa es que...”! ¿Qué es lo que pasa?

Pero se niega a ser más explícito masajeando con su mano izquierda, con lentitud, el puño dolorido.

– Que no me puedo fiar de ti – suelta finalmente –: Eso pasa...

– Si es nada más eso – ironizo – en ello estamos...

– Y, encima – él –, tú no recapacites, no reflexiones...

– Yo no reflexiono... ¡Hay que joderse!

– Mira; eso, que utilices el lenguaje que más te plazca, no me...

¡Pero que no te pares un momentito a hacer una valoración sensata, razonable, de si las cosas, tal y como tú las planteas...

– Ah – me pongo sarcástico –, tú las planteas mejor, tú estás en posesión de la verdad, tú...

– Para, para, para, para... Para un momentito por favor; para el carro.

Y como noto algo en el tono, un cierto matiz diferente en sus palabras últimas, me quedo mirándolo perplejo con la frente apoyada, pensativo, ahora en la mano.

Al cabo de unos instantes se yergue, me mira cara a cara y “verás – dice, en tono perfectamente afable –: voy a serte muy claro”.

– ¡Vaya; parece que vamos a empezar a organizarnos!

– Eso espero – y se frota la cara con las dos manos, y se pone de pie, y rodea la mesa y viene a situarse a mi espalda; y yo me lo imagino ahí, detrás de mí, no sé por qué como un encolerizado ángel de la guarda – porque, y procedamos con método y vayamos por partes... – y se calla para alargar la mano, como si hablar y alargar la mano para agarrar el paquete de tabaco que está sobre la mesa fueran actos incompatibles. Y enciende por fin el cigarrillo y suelta, a bocajarro – ¿Quién siguió en sus trece?

– ¿A qué viene eso?

Y me quiero volver para mirarlo con gesto interrogante; pero me pone las manos en los hombros, y aprieta, tan fuerte que... “¡me estás haciendo daño!”.

– ¿Quién siguió en sus trece?

– ¡Pero esto es una estupidez!

Introducción

– Quiero saber — habla despacio, en voz tan baja y suave que... ah, pero me termino de dar cuenta de que tenemos un espejo, justo enfrente, y que puedo ver su sonrisa casi se podría decir que afable — quién siguió en sus trece.

– Está bien — quiero poner fin a una situación que se me empieza a antojar tensa y ridícula; que se está prolongando creo que demasiado. Y respondo por zanjar el asunto —: “tú”.

– ¿Yo?

– Sí.

– ¿Seguro?

– Creo que...

– No quiero titubeos.

Y, como me siento agobiado hasta el punto de dudar de mis gestos y de mis actos, decido que qué importa, qué más da, y respondo con un “yo” que suena turbio y me hace plantearme si antes de pronunciarlo no debiera (o tal vez “debería”) haber carraspeado...

– ¡Eso ya está mejor!

Ha aflojado de repente la presión de los dedos sobre mis hombros; lo veo ahora sonreír perfectamente cordial, en el espejo. Luego me propina un muy enérgico palmetazo amistoso en la espalda y regresa a su silla. Y se sienta. Y sentado me dice “pues entonces”.

– ¡Pues entonces! — me dice, apagando el cigarrillo.

Porque que en esas cosas — que lo enciende, por cierto, del revés y no tira — que lo tenga presente, conviene fijarse para no incurrir en errores insignificantes, no esenciales posiblemente en cuanto al desarrollo del argumento pero sí determinantes a la hora de que el lector — “y algunos, te lo adelanto” agrega maldiciendo entre dientes de su estupidez y dándole la vuelta “son auténticos sabuesos” — “valore tu obra como auténticamente literaria y no de mero entretenimiento”.

Y que no diga dice que se me quedó mirando, cabeceando, y que no dijo “hay que joderse si no eres terco”; y que le diera la vuelta pedazo de desastre “¿o es que no te das cuenta de que no tira?” ...

– No por falta de ganas, que las tendrás de sobra para mandarlo todo a hacer puñetas y poner punto final al asunto y a nuestro acuerdo con un “gracias” y un cortés apretón de manos por “tu buena voluntad” y los servicios prestados, sino por... — se para, dando golpecitos lentos y acompasados con la cucharilla en el borde del plato supongo que para elegir un motivo más dinámico que un apático “bueno, pasémoslo por alto” que ralentizaría, a mi entender de profano, el ritmo trepidante de algo tan cargado de tensión como pudiera ser... — ¡Un atraco a punta de pistola!

– ¿Tienes que decirlo tan alto?

– ¿Lo he dicho muy alto?

Le explico que sí, que mucho, que tanto que ha asustado a las tres señoras que, charlando tranquilamente de sus cosas en la mesa de al lado, estaban jugando a las cartas.

– ¿Seguro?

Introducción

Y no sé si estaré yendo, con mi buena predisposición y con mis ganas de colaborar y de estar a la altura de sus expectativas, demasiado lejos pero le digo que sí; y que una, la de collar de perlas y pendientes largos, ha gritado “¡socorro!”.

Se inclina él entonces hacia mí y, con mirada asesina y entre dientes, me susurra al oído “o un incendio o el Titanic hundiéndose; a mí qué coño me importa”.

Y que si no sé interpretar un ejemplo sin organizar una escena que nada tiene que ver con nosotros ni con nuestra historia.

Luego se yergue, dedica una amable sonrisa a las señoras — que lo miran no sé si con aprensión o con rencor sin que yo, arrepentido de mi osadía, me anime a entrar mucho en detalles — y concluye con un relajado, distendido y casi afectuoso “miedo”.

– ¿Miedo? — Yo; me voy a saltar si “dubitativo” o “sorprendido”.

– Sí: por miedo ¿Qué tiene de malo?

– No, nada, ¿qué podría tener de malo? — balbuceo.

– Aunque, si no te termina de convencer, podemos considerar cualquier otra posibilidad. Yo, lo que quiero ante todo — su tono se ha vuelto casi paternal — es que te sientas cómodo.

– Oh; estoy cómodo, no te preocupes por eso...

– Pues, si estás cómodo y tranquilo, piensa un poquito; así, con serenidad y sin agobios, a ver si se te ocurre algún motivo más convincente.

Y se pone a silbar la banda sonora de la película El Álamo mientras yo — aún un poco atemorizado — trato de localizar por entre los tachones, flechas y llamaditas improvisadas a base de paréntesis, asteriscos y puntos encerrados unas veces en círculos y otras en cuadraditos o triángulos, la idea inicial que dio lugar al miedo (o “no miedo”, que tampoco me quiero obcecar) que nos ocupa.

Pero no la encuentro.

No logro en el galimatías de una treintena larga de folios sin numerar encontrar la justificación al miedo que, con mi precipitada, insegura y pésima caligrafía, trato de reflejar, describir, plasmar, transmitir aunque sea de momento sólo a muy grandes rasgos lo más fielmente que puedo y sin atreverme, para colmo, a perder de vista y obviar por completo a las señoras asustadas, que han terminado sus cafés y la partida de continental que las tenía entretenidas y amenazan, cuchicheando entre ellas, con irse marchando porque empieza a ser tarde; sin saber si él en su cabeza tan compleja de creador tiene en mente asignarles un papel o, simplemente, dejarlas que se marchen tan campantes alegando — porque mi amigo es listo y tiene respuestas para todo — que sólo estaban siendo personajes secundarios que una vez cumplida su misión de meros elementos accesorios ya no nos hacen falta.

– ¡Por miedo, sí! — Declaro, al fin, casi exultante, agotado bajo la presión añadida de que una de las señoras, la más alta y menos joven, que parece llevar la voz cantante, se ha puesto de pie.

Introducción

- ¿Seguro?
- Sí.
- ¿Por algún motivo especial?
- Digamos que sí — Aventuro, sacando la barbilla y recolocándome el nudo de la corbata.
- ¿Podríamos — sugiere, aunque indica que “de forma muy sucinta” — analizarlo?
- Sí, por supuesto — e improviso¹ —: por miedo a que si lo que digo resulta reiterativo o incurro en un nuevo error tengamos otro rifirrafe...
- ¿Otro rifirrafe?
- Sí. otro altercado como el del puñetazo en la mesa que, pudiendo ser corto pero lo suficientemente ácido como para que a cualquiera le resultase admisible el encajar (no tal vez con entusiasmo pero sí con — apunto como posibilidad, con reservas y entre paréntesis — benevolencia entendiéndolo que tratándose de una cuestión de lo que en líneas generales admitiría sin ofrecer excesiva resistencia el calificativo de “principios” las personas, en general, tendemos a ser bastante testarudas y a negarnos, incluso, a un mínimo de diálogo), no te acabe, sin embargo, de seducir² a ti y se termine convirtiéndose en largo por culpa de nuevos desacuerdos de forma que, sin haber contado con ello y sin la preparación ni los argumentos pertinentes, te veas en la necesidad (cuando qué necesidad estarás teniendo tú, ¿verdad?, de verte en estos trances) de hacer frente a una nueva discusión exigiendo, demandando pormenores y detalles puede que muy accesorios pero imprescindibles a tu juicio y al objeto de que, al igual que se clarificó quién lo dio y quién se hizo daño, se clarifique cuál de los dos va a ser el escritor de manera que, tanto si el éxito acompaña al ganador como si ha de sufrir el más estrepitoso de los fracasos el perdedor, no nos tengamos que volver a pelear dirimiendo qué sienes ceñirán los laureles de la fama ni sobre qué posaderas harán restallar sus temibles látigos las (dicho en tu prosa florida de hombre de letras) encolerizadas Euménides que, aun a riesgo de poner en peligro el aprecio de que me haces honor teniendo en tan alta estima esa humildad mía que tanto ponderas, no quiero, so pretexto de lo muy cansado que estoy (y/o al

¹ Sorprendiéndome a mí mismo a la vista de cómo se agudiza el ingenio, incluso el de un tipo tan poco imaginativo como yo, cuando se tiene la consciencia de estar defendiendo algo que uno considera muy suyo; cuando se siente padre de una criatura que otros pueden caer en la tentación de desear arrebatárselo.

² porque “sospechas” — precisa, y que sólo “por poner por caso”, en letra pequeña además y a pie de página, que se puede suprimir en cualquier momento sin tener que realizar grandes cambios — que lo que en realidad ocurre es que quiero dar carpetazo al asunto porque la noche pasada dormí mal y me siento cansado.

Versaciones de un chupaplumas

Introducción

amparo de las “sospechas” que con tan buen criterio tú mismo apuntases), preguntarte quiénes fueron.

- ¡Fantástico!
- ¿De verdad te gusta?
- Mucho.

Y alentado porque le gusta mucho, le prometo en tono enérgico y enormemente resuelto que no le defraudaré, que puede contar conmigo para lo que quiera o necesite de mí porque yo estoy tan dispuesto a ser escritor como a, caso de que las circunstancias los exijan o su talento de artista y de creador lo considere conveniente, convertirme en un traidor abominable y repulsivo y despreciable...

- De manera — concluyo — que tú decides.ⁱ

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar



Le dije que exageraba. Que yo nunca...
Me había pedido años atrás y al cabo de unos cuantos sin vernos que le hiciese un favor de suma importancia para él, y ahora — quiero en realidad decir entonces, cuando nos encontramos y estuvimos hablando del asunto —, una vez hecho el favor, me reprochaba no sé qué deslealtades y me culpaba de haber traicionado nuestra amistad.
Entonces fue cuando le respondí exageras, y él con muy malos modos replicó no exagero en absoluto.
– Claro que sí. Lo que pasa es que cada cual recuerda las cosas como le conviene.
– ¿Me conviene; me reporta algún tipo de felicidad o beneficio el recordarla como fueron?
– ¿Cómo fueron?
– Lo sabes perfectamente.
– Eso es verdad; con tanta claridad que te cuento si quieres, punto por punto y palabra por palabra, qué pasó y de qué hablamos.
Y como se quedó callado mirando el cenicero con gesto hosco, di por hecho que asentía y empecé a hablar, desde el principio; desde el principio aunque — entendiendo que había supuesto igual que yo que, no teniendo ya temas comunes de que hablar después de tanto tiempo, nos limitaríamos a cruzar algunas frases huecas en aquella acera abarrotada de la Carrera de San Jerónimo y seguir cada cual nuestro camino — me saqué el saludo y un par de trivialidades referentes al tiempo, por cierto, muy lluvioso.
– Tampoco te contaré — dije —, puesto que tú mismo podrás recordar un cenicero lleno y dos paquetes de tabaco vacíos iguales que estos —, que nos habíamos equivocado los dos.
Omití asimismo que al cabo de un rato recibiendo empujones de los que caminando con prisas y paraguas abiertos proferían improperios o algún seco perdón dedicándonos miradas hostiles, ahí estábamos: sentados a

¿Pero no son estas mismas?

Es que parece ser que hubo un plagio, o una suplantación o usurpación de personalidad o algo así; un tema, al parecer, muy desagradable.

ⁱ Revisar bolsillo derecho de la americana de tweed antes de continuar.